

EDITORIAL

Si el clima cambia... Trump no

Las páginas editoriales de Monteverdia han seguido los sucesos internacionales relevantes, respecto al cambio climático en estos últimos años. Por ello, en el segundo número de 2017 no puede desentenderse del golpe más vil, propinado a décadas de esfuerzos para lograr un consenso planetario sobre el enfrentamiento global al cambio climático: Trump aparta a los Estados Unidos del Acuerdo de París.

En 2001 George W. Bush retiró a su país del Protocolo de Kyoto, avalado en la negativa del Congreso de los Estados Unidos a aceptar los deberes que de él se derivaban. Desde entonces una de las principales limitaciones en el seno de la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático (CMNUCC), ha sido comprometer en su lucha a los poderes de la nación que ostenta el segundo lugar en emisiones de CO₂. Tuvieron que pasar 14 conferencias de las partes de la mencionada convención, para que se lograra una nueva alianza. Fue entonces cuando surge de la COP 21, el Acuerdo de París. A pesar de no tener carácter vinculante, con lo que su incumplimiento solo genera sanciones morales, este nuevo arreglo parecía ser aceptado por algunos de los más escépticos. Así el 22 de abril de 2016 es firmado el documento por la administración Obama, representada por su Vicepresidente John Kerry, aunque con la desaprobación de algunos congresistas. En consecuencia, el equipo de Barack Obama, pretendiendo ubicar a Estados Unidos al frente de la lucha por frenar el calentamiento global, hizo público el compromiso de reducir para el 2025 entre un 26% y un 28% de las emisiones de gases de efecto invernadero, respecto al volumen de 2005.

Trump sin embargo, antes de asentarse como inquilino en la Casa Blanca, incluso antes de iniciar su campaña, hizo comentarios en su cuenta de Twitter cuestionando la teoría del cambio climático y sus causas antrópicas. Luego en el camino a la presidencia, se mostró realmente despectivo hacia todo argumento sobre la actual inestabilidad del clima. Una vez en el poder sus motivaciones contra la política ambiental son diversas. Por una parte, están sus nexos comerciales y su compromiso con grandes intereses industriales, en algunos de los cuales posee importantes acciones. Debe recordarse que, en mayo de 2016, publicó una lista de 104 páginas con la relación de empresas en las que estaba involucrado su capital. Otra motivación es la obsesión por destruir todo el legado político de su predecesor en la Casa Blanca, que hace poco se patentizó en la retrógrada decisión de deshacer los avances en la normalización de relaciones con Cuba, lo cual incluye la colaboración entre ambas naciones en materia ambiental. Igualmente, Trump intenta recuperar la infraestructura industrial norteamericana y con eso provocar mayor crecimiento económico, desacelerar el crecimiento de China y desplazarla de su importante papel en la economía global; una tarea incompatible con la reducción de emisiones de CO₂. Para acompañarlo en su cruzada contra lo que él considera "cuento chino", eligió como Director de la Agencia de Protección Ambiental de los Estados Unidos (USEPA por sus siglas en inglés) a Scott Pruitt, un férreo opositor al tema del cambio climático que ha demandado varias veces a la USEPA defendiendo a empresas contaminantes.

Las repercusiones para el mundo de la salida de Estados Unidos del Acuerdo de París son numerosas. Este país no solo es el segundo emisor de CO₂ (no de gases de efecto de invernadero en total como afirman algunos medios), superando casi en el doble a la Unión Europea, sino que la postura asumida por Trump puede provocar que otros gobiernos, no muy convencidos, tomen el mismo rumbo. A lo anterior se debe sumar que, al desligarse del Acuerdo de París, lo hace de cualquier compromiso de financiamiento para el Fondo Verde para el Clima, que pierde una de sus principales fuentes.

Parece que no se equivocó el filósofo francés Félix Guattari en 1989, cuando hiciera mención a Donald Trump en su obra *Las tres ecologías*. Es por eso que se considera justo ceder la última palabra al teórico de la ecosofía, para que en breves líneas retrate al actual inquilino de la Casa Blanca y señale lo que se puede esperar de él. Guattari compara a algunos parásitos de la sociedad con las algas invasoras que en ocasiones polucionan lagunas y lagos, dañando esos ecosistemas:

Otra especie de alga, que en este caso tiene que ver con la ecología social, consiste en esa libertad de proliferación que ha permitido que hombres como Donald Trump se apoderen de barrios enteros de New York, de Atlantic City, etc., para «renovarlos», aumentar los alquileres y expulsar al mismo tiempo a decenas de millares de familias pobres, la mayor parte de las cuales están condenadas a devenir homeless, el equivalente aquí de los peces muertos de la ecología medioambiental (Guattari, 1996, p.34).

Referencias

Guattari, F. (1996). *Las tres ecologías*. Valencia: Pre-Textos.